



PERSONAS Y/O PERSONAJES

Vicente Barra

PERSONAS Y/O PERSONAJES



Primera edición: julio 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Vicente Barra

ISBN: 979-13-87814-72-4

ISBN digital: 979-13-87814-73-1

Depósito legal: M-15931-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Olga Marciano una gran amiga y una sublime pintora

Aquella mañana se había levantado muy satisfecho. No le parecía posible haber dormido de seguido toda la noche.

No le ocurría desde hacía mucho tiempo.

Evidentemente, las vacaciones, aunque apenas empezadas, estaban dando el beneficio que se esperaba.

La sensación de satisfacción que estaba probando le procuraba un bienestar que superaba sus más optimistas expectativas.

No podía, de todos modos, no considerar cómo sus noches habían ido cambiando con el tiempo. Todo culpa de los años que, inexorablemente, pasan y lo modifican todo. No solo el color del cabello y la agilidad articular, más aun la capacidad de adormecerse y dormir plácidamente. Pero aquella mañana, despertarse fue un placer.

Se levantó y abrió de par en par el balcón. Se le apareció de inmediato un desplegado azul que, si no fuese por la espuma de las olas, hubiese sido muy difícil distinguir dónde terminaba el mar y empezaba el cielo. Aquella vista le transmitió una energía tan fuerte, que habría alcanzado a nado Punta Licosá si solo hubiese tenido cuarenta años menos.

Había alquilado para un mes el chalé a Acciaroli. Su amigo y colega Pepe se lo había recomendado. Estaba situado en una posición envidiable, exactamente sobre la

playa. Una construcción de principios del siglo pasado, totalmente renovada. Dos pisos, la zona noche arriba y, abajo, un salón con cocina americana y una ancha terraza cubierta por una pérgola, donde él pensaba trascorrir sus tardes leyendo o, si hubiera tenido ganas, escribiendo, visto que se consideraba un aspirante escritor-médico jubilado.

Para llegar al mar tenía que bajar tres escalones y caminar veinte metros de playa. Un lujo envidiable y, aún más, una exclusividad.

Su caniche miniatura, Will, como cada mañana, le saltaba alrededor. Era su manera de desearle un buen día. Movía la cola de felicidad. Lo había escogido junto a su hija, apenas se había jubilado. Desde que formaba parte de la familia, muchas cosas habían mejorado, no solo para él, sino para todos, aunque, de vez en cuando, se preguntaba cuál había sido el motivo principal, la llegada del perrito o su jubilación.

Respiró profundamente, llenándose los pulmones de aire fresco. Miró por curiosidad el reloj que estaba sobre la mesita de noche: eran apenas las siete y media. El mar estaba en calma. El cielo despejado, sin una nube, y el calor no era sofocante. El día habría sido maravilloso. Lástima que su esposa y su hija se habían quedado en Salerno. Para ellas, las vacaciones habrían comenzado a final de la semana siguiente. Él se había anticipado, no solamente porque necesitaba escaparse de la ciudad, también para preparar la casa antes de que llegaran, porque disponía de más tiempo.

Se alejó del balcón y miró el cuarto. Había que hacer la cama, pero antes quería desayunar; después habría vuelto a subir para lavarse y solo entonces se habría ocupado de rehacerla. Se encaminó hacia la escalera. Will lo adelantó. Bajaba en un modo cómico que lo divertía. Saltaba de un escalón al otro, como un conejito. Will casi había llegado al último escalón cuando se paró al instante. Señalar algo o alguien, levantar la cola y ladrar fue todo uno.

—¡Cállate! —le ordenó, aun sabiendo que Will no le habría obedecido. Cuando prevalecía el instinto territorial era sordo a cualquier mando y se transformaba en una fiera—. Cállate, no te soporto —repitió llevandoselo a los brazos, más continuaba ladrando de un modo inusual. Se agachó para mirar hacia el fondo del salón y, solo entonces, se dio cuenta de por qué Will se estaba comportando de ese modo.

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren? —preguntó con cierta inquietud y temor.

Sentados en los sofás y el sillón había seis individuos, tres mujeres y tres hombres, nunca antes vistos. Con Will en los brazos, se acercó a la puerta, descorrió el cerrojo para abrirla de par en par y, mirándolos fúrico, les dijo:

—Salgan inmediatamente de mi casa si no quieren que llame a la policía.

—¡Carajo! Estás muy nervioso —dijo una de ellas.

—Escúcheme bien, señorita, no se haga la chistosa.

—Si no ¿qué me vas a hacer? —le preguntó, desafiándolo.

—Llamar a la policía, es obvio —precisó él.

—¡Qué miedo! —exclamó otro, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la cocina.

—¿Adónde cree que va? —le preguntó, agarrándolo por un brazo.

— A hacer café para todos —respondió seráfico.

—¡Qué café ni café! —le encaró casi gritando—. Se tienen que marchar ahora, de inmediato, antes de que pierda la paciencia y los saque de aquí a patadas en el culo.

Los seis se miraron y empezaron a reír. Will se meneaba entre sus brazos y continuaba ladrando con un tono agudo que le llegaba al centro del cerebro. Mientras, él, fijando aquellas caras que no le decían nada, se preguntaba cómo diablos habían hecho para entrar. Podían haber forzado un balcón, o... la posibilidad de que el propietario hubiera alquilado el chalet también a los seis le pasó como un relámpago por la cabeza; idea que descartó al instante, y no por una ciega confianza en el prójimo, pues él había abierto la puerta cerrada con las llaves. Era evidente que no las poseían. Cómo diablos habían podido meterse en su casa, era un misterio, visto que todas las ventanas estaban todavía cerradas y no parecían haber sido forzadas.

Siguió un intercambio de miradas recíprocas. Ellos hacia él y él hacia ellos, sin hablarse. El silencio era embarazoso y el único que lo interrumpía era Will, aunque sí ladraba con menor agresividad.

La situación era claramente insólita e incomprensible, al punto de sospechar que podía tratarse solo de un sue-

ño. Se frotó los ojos y se pegó un par de cachetes para convencerse de que era todo real. Pero constatarlo no fue un alivio, más bien, aumentó la agitación y el malestar.

Saber que seis personas completamente desconocidas se habían metido en su casa —a lo mejor, mientras dormía—, no era para estar tranquilo. A pesar de que no tenían pinta de delincuentes, un cierto temor empezó a crecer dentro de él, aunque no estaba claro si era una reminiscencia de un peligro pasado, o de algo que todavía tenía que ocurrir. Habrían podido matarlo mientras dormía, pero no lo habían hecho; y robarle las pocas cosas de valor que se había llevado, pero no había pasado. El reloj de pulso aún estaba sobre la mesa del comedor, donde lo había dejado la noche anterior. Entonces, ¿qué querían de él? Examinó rápidamente las caras de cada uno de ellos. Era impresionante la desenvoltura con la que se movían, al punto que sospechó que eran hábitos de la demora, y que haberlos encontrado no había sido una casualidad. O, a lo mejor, era exactamente lo que ellos deseaban, o sea, encontrarlo. ¿Pero para qué?

Su mente saltaba de un nivel a otro del libre pensamiento, llegando a una sola conclusión: que la seguridad se había vuelto una grave emergencia nacional. Aparte del reloj, de valor no tenía nada. Unos cuantos euros en efectivo para comprar periódicos y cigarrillos. Si la intención de aquellos hubiera sido robarle, tenían que contentarse con muy poco. De todos modos, la cartera con la tarjeta de crédito estaba en el cajón del dormitorio, pero por el modo como se portaban, no parecían ser ladro-

nes. Considerándolo bien, eran educados, se movían con gracia, no lo habían amenazado hasta ese momento y, entonces, ¿qué es lo que querían?

También la sospecha de que pudieran ser delincuentes le pareció infundada. La presencia de aquellos seis, que habían ocupado su casa abusivamente sin un motivo explícito, no hacía más que aumentar la confusión que reinaba en su cabeza. Hubiera sido natural agarrarlos por un brazo y sacarlos a patadas, pero no era capaz. No solo porque no era violento, más bien curioso. Al final de tanta agitación, lo que más le impedía una reacción animada era la curiosidad. Más que el temor, más que el malestar, era el deseo de saber exactamente quiénes eran, lo que querían y las motivaciones que los habían llevado a su casa.

Mientras continuaba conjeturando, considerando, reflexionando, haciéndose preguntas, advirtió un sofocón que salía desde lo más profundo de su ánimo; y la rabia por tener que aceptar la voluntad de otros, sometándose a los caprichos ajenos, se transformó en el sentimiento dominante. Los planes de su día habían sido completamente revueltos, independientemente de su voluntad, porque así lo habían determinado aquellos seis. Si había algo que lo hacía enloquecer era el tener que aceptar pasivamente, sin alguna posibilidad de replicar los condicionamientos externos. Estaba fúrico porque rebelarse era totalmente inútil. A pesar de estar en su propia casa, no era libre de seguir sus deseos. Si esto era fruto de su curiosidad o de sus límites personales, el resultado no

cambiaba. Los hechos reales eran los que veían sus ojos y los de Will. No podía disponer de su espacio a su antojo. Lo consideraba un acto de violencia gratuito que su razón rechazaba. Lindas palabras que la libertad de cada uno termina donde empieza la del otro. En aquel momento, ese concepto no tenía sentido. No todos respetan estas normas e ignoran los propios límites. Por lo tanto, la única libertad que le había quedado era la de enfadarse todo lo que hubiera querido, e imaginar el gusto que hubiera probado si hubiera liberado su instinto, pegando una patada en el culo al primero que le hubiera pasado por delante.

Mientras así pensaba, una de las muchachas, la más joven, que llevaba un par de pantaloncitos cortos, una blusa *slim* blanca, le habló sonriéndole.

—Tengo que reconocer que tienes un modo muy discutible de acoger a tus hijos.

Aquella frase lo paralizó. ¿Qué había querido decir? Se lo preguntó mientras hacía correr rápidamente los ojos sobre las caras de cada uno de ellos. Era imposible que pudieran ser hijos suyos. Demasiado joven ella y demasiado viejo el más adulto. Tuvo, sin embargo, la frialdad de razonar y salió de inmediato del shock. Con la mirada fija en los ojos de ella, mostrando firmeza en sus palabras, precisó:

—No sé a qué te refieres y poco me importa, pero estoy más que seguro de que ninguno de vosotros puede ser hijo mío.

—¿Estás seguro? —le preguntó la misma mujer.

—Más que seguro —reiteró sin vacilar.

—¿Y si te digo que me llamo Silvia?

—¿Carlos?

—¿Sabrina?

—¿Fina?

—¿Máximo?

—¿Lucas?

El aspirante escritor-médico jubilado, blanqueció. Advirtió un vértigo imponente, al punto que tuvo que sentarse en los escalones y poner a Will en el piso.

—¿Sufres de hipertensión? —le preguntó Carlos.

—No, no sufro de presión alta —respondió irritado y, levantándose con una cierta dificultad, tanto que necesitó apoyarse en el pasamanos, añadió—: Entendí todo. Esto es una broma que alguien me ha hecho. ¿Quién ha sido?

Siguieron varias sonrisas, mientras él, sacudiendo la cabeza, avanzaba lentamente, dirigiéndose hacia la terraza asomada al mar. La belleza de ese lugar robó completamente toda su atención y dejó que sus ojos se deleitaran del verde de la vegetación mediterránea, del perfil delicado de la costa, de la armonía del encuentro del cielo con el mar. Por algunos instantes, su interés no fue dirigido a los invasores que se definían como sus hijos, sino a complacerse de haber escogido ese lugar para sus vacaciones. Muy probablemente, si no hubiera sido por los ladridos de Will, se hubiera quedado a contemplar aquel panorama hasta el atardecer, para embriagarse del degradado de colores que se habían alternado con el paso de las horas. Se habría olvidado también de cada uno de los presentes,

pero Will no pensaba del mismo modo y había vuelto a ladrar, y a él, le volvió el vértigo.

—Entonces, ¿me dicen quién orquestó esta broma idiota? —preguntó en modo franco. No podía ser diversamente. Los seis tenían los mismos nombres de los personajes de su última novela y no podía ser una casualidad.

Los observó con mayor atención, deteniéndose sobre los colores de los cabellos, de los ojos, los rasgos de las caras que eran impresionantemente iguales a los por él trazados. «Demasiadas coincidencias», pensó. Quien fuera el inventor de esa burla, había tenido que empeñarse mucho. Tenía que haber montado un *casting* para seleccionar a los actores, lo cual no solo habría necesitado de mucho tiempo, sino una específica competencia y experiencia. Entre todos sus amigos, el único que respondía a estos requisitos era Rafael, director artístico de teatro.

Mientras, Carlos, o mejor dicho, el que así se hacía llamar, estaba vertiendo café en las tazas.

—Lo toman todos sin azúcar y no amargo, como precisas tú en tus novelas —le dijo con un guiño. Todos, junto con el aspirante a escritor-médico jubilado, asintieron mientras se acercaban a la bandeja puesta sobre una mesita.

Aquella puntualización no significaba nada, muchas personas preferían el café al natural, pensó mientras un reflujo le llegaba a la garganta acompañado por un espasmo del pecho. El programa del día entero, paseo a la orilla del mar con Will; arreglo de la casa para después poder holgazanear, abandonándose al placer de la lectura

y de la meditación, había sido completamente revuelto independientemente de su voluntad. Apenas logró contenerse de gritar y no terminó de tomarse su café. Carlos se dio cuenta y le preguntó, sospechoso:

—¿No es de tu agrado?

—¿Qué cosa? El café... está bueno, pero no quiero más. Lo tomaré después.

—¿Frío? ¡Como lo prefieres! —comentó Carlos con los labios torcidos en desaprobación.

Había días en los que todo procedía bien. Cada idea según lo deseado. En otros, insólitas combinaciones se insertaban y eventos adversos se sumaban, torciendo cada plan y poniendo a dura prueba la capacidad de resistir al estrés que las adversidades procuraban. En aquellas ocasiones, enloquecer no era tan difícil, porque a los innumerables «¿por qué?» faltaban respuestas plausibles, y el único modo de lograr restablecer un cierto equilibrio, era convencerse de que cada evento, adverso o no, estaba destinado a terminar. El aspirante a escritor continuaba su observación atenta de la fisionomía de aquellas personas con curiosidad, aprensión, fastidio, impaciencia, inquietud. Sensaciones, todas, hijas del malestar que sufría. Pero, así como percibía esta gama de emociones, también consideraba que un enfoque diferente le habría permitido enfrentar aquella situación de un modo menos angustiioso. Al final, se trataba solo de una broma y, aunque la víctima fuera él, la oportunidad de reírse no le habría faltado. Se estaba dando cuenta de que había empezado con mal pie. A lo mejor, todo era culpa de la broma

que le habían preparado. Se los había encontrado delante repentinamente a la mañana, apenas despierto, y su reacción no podía haber sido diferente. Algún otro en su lugar no hubiera sido tan tolerante. Aun siendo la encarnación real de los personajes de su novela, no dejaban de ser intrusos en su domicilio. Tenía, en algún modo, que esforzarse, por cuanto paradójica era la situación. Podía tomar inspiración para escribir otra novela, no obstante, en el último periodo estaba madurando en sí mismo la idea de no continuar. Lo que era más, a menudo se preguntaba por qué escribía. No era su profesión y no creía en el poder catártico de la escritura, o, más bien, no era lo que lo estimulaba. Si hubiese escrito solo para sí mismo, habría tenido un diario cerrado en un cajón de su escritorio, en vez de publicado. Sus emociones, pensamientos, ideas, cuentos pasaban a otros y, haciéndolo, ¿satisfacía la necesidad de los potenciales lectores o la suya propia? La duda nacía exactamente de este dilema. La calidad de su narración no habría aportado nada de nuevo a un panorama ya de por sí saturado de escritores diletantes que aspiraban a ser profesionales. Encontrar la propia obra sobre el estante de una librería, al lado de gigantes de la literatura, como le había sucedido, ya era emocionante. Cada nuevo libro era el principio de una nueva aventura, de un nuevo viaje cuya meta iba descubriéndose a medida que corrían las páginas. El entusiasmo que vivía como lector hubiera querido regalarlo a quien hubiera leído sus novelas, pero la duda de no llegar a ser tan generoso con sus lectores, independientemente de cuantos fueran, lo

llevaba a considerarse insuficiente para el papel que se proponía. ¿Era el caso de terminar de escribir? La respuesta a su pregunta tenía que buscarla por sí solo y, en ese periodo tan particular de su vida, le costaba mucho. El hecho real era que sentía más necesidad de escribir que de leer. La fase de la creación era entusiasmante. Los personajes poco a poco toman forma, los diálogos los caracterizaban y, gradualmente, entre él y ellos crecía la complicidad, llegando a ser sus compañeros de viaje, con una meta que solo él era capaz de establecer.

—Les pido disculpas. Tuve un mareo.

La lectura le procuraba un placer inmenso, pero escribir era una experiencia demasiado bella y renunciar no era fácil. Pero esto no era suficiente para darle los estímulos necesarios para seguir haciéndolo. Dudaba de la calidad de su trabajo y esto le impedía analizar de un modo objetivo cuánto lograba ser coherente con los fines que cada vez se proponía.

Esta divagación no lo ayudaba a aclarar lo que estaba pasado en su chalet. Lo había alquilado pensando en pasar un mes completamente relajado, lejos del estrés de la ciudad y de la rutina cotidiana, y ya desde el primer día los problemas no se habían hecho esperar. Aquello seis abusones habían alterado todos sus planes. Habían irrumpido como un terremoto, comprometiendo todos sus propósitos iniciales, para que su precariedad emotiva fuera más frágil e inquieta. Por eso, más que divagar sobre la oportunidad de escribir o no, tenía que concentrarse en cómo poder desalojar a esa gente lo antes posible.

Desde cualquier punto que analizaba la situación, la conclusión a la que llegaba era siempre la misma. Aquello seis individuos no tenían ningún motivo para estar en su casa, y no hacía ninguna diferencia si estaban por la broma de algún vacilón o por su libre iniciativa. Mientras su mente estaba ocupada elaborando una estrategia con el fin de la expulsión de los invasores, Silvia, o la que había dicho llamarse así, se levantó del sofá y se acercó a Carlos en la cocina. Lo besó sobre los labios y le dijo:

—Tu café estaba divino.

Él siguió la escena sin particular entusiasmo. Aquellos dos eran jóvenes, bellos, tiernos y enamorados. Eran exactamente como se los había imaginado mientras escribía, pero no deberían estar allí, sino en las páginas de su libro y en los recuerdos de quien lo había leído.

—Se ve muy claramente que está enamorada, porque para mí era demasiado fuerte —precisó aquella que había dicho llamarse Sabrina.

También ella era exactamente como la había descrito: fascinante, con la mirada intensa y profunda, la voz límpida y suave como una caricia. En ese momento, tomó conciencia de una cosa. De todos sus personajes conocía tantas características, pero la voz no.

Los escritores son sordos. No conocen las voces de los protagonistas de sus propias novelas. Pueden imaginársela, probar a describirla, pero la ignoran, simplemente porque no pueden oírla. Este límite insuperable hacía que la paternidad fuera imperfecta. Si hubiera sido un músico, en vez de un aspirante a escritor, habría podido sonarizar la voz

de sus personajes y, probablemente en aquel momento, al escucharlos le habrían resultado familiares y, a lo mejor, no habría tenido tantas dudas. Por eso la música es un lenguaje universal, accesible a todos y capaz de derribar las barreras, mientras la escritura es limitada, comprensible solo para quienes conocen el idioma. Aun no creyendo para nada que los seis fueran realmente los de su novela, pensó que, si así hubiera sido, la ocasión que se le había presentado era ideal, por lo menos, para conocer el timbre original de las voces. Habría colmado un vacío que ningún otro escritor en la historia de la humanidad había podido llenar. Solo por esta razón valía la pena creerles. Podía dejarse convencer, al menos por el tiempo necesario, de una grabación con el móvil. Si hubiera aceptado el compromiso, su buena fe no habría sido ultrajada.

Miró hacia Will, que estaba acostado a su lado sobre el escalón. Ya no ladraba.

Recuperó su *smartphone* y activó la función de grabación. Se sentía emocionado. Iba a grabar la voz de los protagonistas de su novela. No las de un actor que desempeñaba ese papel, sino la voz auténtica. Se acercó a ellos con el teléfono en las manos diciendo:

—A pesar de todas mis dudas, considerado que todo me parece una puesta en escena, con mucha dificultad debo admitir que me son simpáticos...

—Decretamos —interrumpió la que dijo llamarse Fina, provocando la risa de todos los demás.

Tenía una voz intensa, cálida, profunda y mordaz, pero el modo en que se había dirigido a él lo dejó sin

palabras y quiso interrumpir la grabación al instante. Una persona que se transformaba de ese modo no podía ser uno de sus personajes. Sin esconder su profunda indignación, le preguntó:

—¿Qué significa?

—Visto que..., considerado que..., observado que..., se parecen a las premisas de la sentencia de un juez —puntualizó con tono irónico y sarcástico.

—¿Entonces, quieres concluir? —lo exhortó Carlos.

Él lo miró con el ceño fruncido. Después, se volvió hacia los otros. Todos tenían estampada en la cara la misma expresión burlona que quería ser el preludio de un tácito acuerdo de seguir riéndose de él. No le gustó.

No le importaba más nada quién fueran, lo que querían, su modo de hablar. Lo único que deseaba era verlos marcharse de su casa.

—¡Os creéis muy chistosos! —explotó enojado y reponiendo el móvil en el bolsillo—. ¡Ahora estoy harto de vosotros! Os doy exactamente diez segundos para que salgáis de mi casa.

—¿Solo diez segundos? Me parecen pocos, ¿no creen? —comentó Fina mirando a sus amigos.

—Como deseáis . Quiero decir que llamaré a la policía, aunque esto me haga perder todo el día en la comisaría.

—No puedes hacerlo —dijo el que se hacía llamar Lucas en tono conciliatorio—. Sé que te cuesta mucho admitirlo, pero nosotros somos exactamente lo que te hemos dicho que somos. Hemos nacido de ti, somos los

protagonistas de tu novela y hemos venido a verte porque necesitamos que nos aclares una cuantas cosas.

—¡Es una absurdidad! —exclamó molesto y agarrando a Will, se lo llevó a los brazos y se dirigió hacia la puerta de la casa. Recorrió la entrada, furioso, y cerró con fuerza la reja que daba a la calle. En aquel preciso momento llegaba su amigo y colega Pepe.

—¡Cuanta prisa! —comentó al verlo salir de aquel modo—. Justo venía a verte. ¿Qué te parece si paseamos juntos?

—Vamos —respondió medio atolondrado.

—¿Tienes algún problema? ¿Te sientes bien?

—Estoy bien, no ha sucedido nada de particular. Es que... he dormido muy mal.

—Sucedee cuando se cambia de cama.

—Iría mejor la próxima, espero —concluyó poniendo la pechera a Will y abrochando la correa.

—De todos modos, te veo raro y, además, has dejado la puerta de la casa abierta.

El otro se volteó hacia la entrada. Perdió algunos segundos improvisando una excusa:

—Es que acaba de llegar la empleada doméstica.

—¿De verdad? No has perdido tiempo. La jubilación te ha hecho más eficiente.

El otro se limitó a sonreír. Hubiera querido confiarse con él. Contarle lo sucedido. Que aquella mañana se había visto la casa invadida por gente desconocida, que sostenían ser los protagonistas de su última novela venidos a buscar aclaraciones. Pero, por más que quisiera y

necesitara escuchar la opinión de una persona con la cual habían trabajado lado a lado por tantos años, compartiendo muchos ratos bellos y menos bellos, se contuvo. No porque temiera su juicio, más bien por las dudas de que todo fuera una gran broma, ya que no quería que Pepe se viese comprometido en absoluto. En otras palabras, quería evitar que su amigo pasara por ser un ingenuo por culpa suya. A lo mejor, cuando todo se hubiera aclarado, cuando hubiera entendido exactamente la situación, le habría contado todo, pero no en ese momento. Will, mientras tanto, paseaba parándose a husmear cada palo de la luz, cada cubo de basura, cada ángulo de acera.

—¡Muévete! ¡Alarga el paso! —lo exhortó Pepe.

—No puedo, con Will no marco yo el ritmo, es él.

—¡Parece un paseo de jubilados!

—Habrías preferido caminar con un paso más veloz, me imagino. No tenía que haberme traído a Will.

El otro sonrió y después añadió:

—¿Lo habrías dejado en la casa? ¡No lo creo para nada! Estáis siempre juntos.

—Exactamente. Somos una pareja —confirmó sonriendo.

Pasearon lado a lado por un largo trecho. El aspirante a escritor miraba con atención el paisaje todavía, en gran parte, salvaje. Respiraba a todo pulmón la brisa que bajaba de la colina hacia la playa, que olía a glicina, a musgo, a bosque y a olivos. Curioseaba en las casas, robando imágenes de vida doméstica. Cruzó las miradas de quien le pasaba al lado y escuchó, complacido, los comentarios dirigidos a su

perrito enano y negrito, sobre todo, si provenían de bellas señoras. En un cierto punto, Will se paró. Se tiró al suelo como un felpudo y no quiso proseguir.

—Muévete —lo exhortaban los dos, pero él había decidido no hacerlo.

Entonces, el aspirante a escritor lo agarró, se lo llevó a los brazos y siguieron el paseo.

—Quería decirte que he terminado de leer tú última novela hace unos días —le dijo Pepe de repente.

—¿Qué te pareció? —le preguntó con cierta aprensión, porque le interesaba mucho la opinión de su amigo.

—Tengo que admitir que me ha gustado mucho. Lo devoré. Pero una pregunta debo hacértela: ¿Ese nombre de dónde lo sacaste?

—Creo que te refieres a Fina, ¿es así?

—Exactamente.

—No sé qué decirte. Me pasó por la cabeza y nada más.

—¿Eso es todo?

El otro asintió mecánicamente, mientras su mente había regresado a sus huéspedes. ¿Qué es lo que le habían dicho para que perdiera la paciencia?

—¡Ah, sí! —exclamó en voz alta al recordarlo.

Pepe lo miró inquieto.

—¿Estás seguro de que te sientes bien?

—Ningún problema, no te preocupes —le respondió para tranquilizarlo.

Hubiera sido más fácil contarle realmente lo que le estaba pasando, pero, cuando probaba, se activaba un me-

canismo de arresto. Era como si un muro espeso y largo se interpusiera entre el pensamiento y la palabra, estropeando la unión. Una condición tan extraña que, si en un futuro próximo se hubiera vuelto a presentar, habría sido un motivo válido para pedir una cita con un neurólogo.

—De todos modos, tú me escondes algo y no me traigo el cuento de que no has dormido bien. Te conozco desde hace mucho tiempo para no darme cuenta.

—Tienes razón, perdóname, es que... es... todo un lío. No sé ni siquiera por dónde empezar.

—Si no quieres decirme nada, no importa. Me lo dirás cuando te decidas, pero respóndeme solo esta pregunta: ¿Hay algo que te molesta?

—Así es. Lo admito, pero no sé exactamente el motivo real.

—No te preocupes. Está bien así.

Hablaron del hospital y, aunque al aspirante escritor-médico jubilado ya no estaba involucrado en ese tema, sintió una culpa que habría evitado de buen grado. Jubilarse voluntariamente entraba en sus posibilidades, pero lamentaba que su ausencia estuviera creando a sus colegas algunos problemas, porque una unidad menos no era fácil de remplazar. Aunque algunos eventos son predecibles, a nadie le interesan. Prefieren enfrentar la emergencia con soluciones muy ajustadas, cuando sería suficiente un mínimo de organización, sobre todo, por parte de quienes administran, más interesados en multiplicar los trámites burocráticos que en facilitar las actividades sanitarias.

—Solo puedo decirte que lo siento. Si hubiese tenido la fuerza me hubiera quedado —comentó decepcionado.

—No tienes ninguna culpa. Si pudiera, haría lo mismo, créeme —precisó Pepe dándole una palmadita sobre la espalda.

—Antes o después, los concursos se harán.

—¡Antes o después! Es el después lo que me preocupa. —Llegaron a la cerca del chalet—. ¿Quieres entrar? —preguntó a Pepe.

—No, a lo mejor, paso por la tarde para tomarnos un café juntos. —Y así, se encaminó hacia su casa.

El portón se había quedado abierto. Cuando entró, los encontró a todos ellos exactamente donde los había dejado, menos Sabrina que, bajando la escalera, le dijo:

—Te hice la cama.

El aspirante a escritor esbozó una sonrisa.

—¿Es este tu modo de agradecer? —le preguntó Sabrina—. Si así es, no te has esforzado mucho.

No replicó. Quitó la pechera a Will y la colgó del pasamanos de la escalera junto con la correa. Sacó del paquete un cigarrillo, lo prendió y, después de haber dado un par de caladas, dijo dirigiéndose a todos los otros:

—Creo que ha llegado el momento de aclarar esta situación. No logro aún imaginar el motivo que os ha traído aquí y, ya que tengo la sensación de que queréis algo de mí, os invito a hablar, pues os escucharé. —Y se sentó en una silla de la mesa del comedor.

—Hay muy poco que decir, querido papito —se adelantó Silvia—. Como en cada familia que se respete, son

los padres quienes deben de cubrir las necesidades de los hijos, y ya que nosotros somos todos hijos tuyos, te toca pensar en cada uno de nosotros.

—¡Estás bromeando!

—Absolutamente no —intervino Lucas.

—Yo no sé nada de todos vosotros.

—¿De veras? ¡Tú nos conoces muy bien! —precisó Fina—. Y nos has dejado totalmente en la mierda.

—¡Nada menos!

—¡Pues así es! Has construido para nosotros una ciudad que no existe, una realidad ficticia en digital —puntualizó Lucas—. A mí me has dado una mansión faraónica inmersa en el verde, con todas las comodidades y el confort de un magnate de la industria, en una de las zonas más exclusivas de Riolosolo, mientras me encuentro vagabundeando por las calles de una ciudad que no conozco, en medio de basura y una mala educación indecible, pero a ti todo esto no te importa para nada. Te halaga el placer de haber creado. Escribes para satisfacer tu egoísmo y no piensas en las consecuencias de lo que haces. Todos nosotros existimos porque así lo has querido tú, pero no te has preocupado nunca de nuestros destinos una vez que diste tu criatura a la prensa.

El aspirante a escritor escuchó asombrado, pero con mucha atención. Sus quejas eran fundadas porque de veras él no se había ocupado más de ellos.

—Veo que estás pensando y, si reflexionas con honestidad intelectual, concluirás que tu modo de actuar ha sido, cuando menos, opinable.

—Muy bien dicho —afirmó Sabrina besándolo en el cuello.

—Mi amor, me das escalofríos. No respondo de mis actos —le dijo besándola también en el cuello.

En ese punto, al aspirante a escritor le sobrevino una duda. A lo mejor, no se trataba de una broma, más bien era una proyección de su propia mente. En otras palabras: estaba escuchando voces y veía gente que no existía o, si existía, se la estaba imaginando. A lo mejor, era la nostalgia por todo el tiempo pasado con ellos mientras escribía la novela. Se acordaba muy bien de aquellos momentos y había sido muy difícil separarse cuando escribió la palabra fin. Desde aquel momento, sus caminos se habían dividido. En los primeros días los había extrañado, pero duró poco. El libro tenía que recorrer su camino. Una vez impresa, el destino de la novela y, con ella los de los personajes, ya no dependían de él. A lo mejor, se había desinteresado, pero ¿cómo habría podido intervenir cuando todo estaba en las manos de una editorial? Las observaciones de Lucas eran reales, pues tanto él, aspirante a escritor, como ellos, personajes de la novela, recorrían existencias en paralelo destinadas a encontrarse, a lo mejor, hasta el infinito. Pero, aun reconociendo que Lucas no había dicho estupideces, la prioridad para él era asegurarse que cuanto estaba viviendo no fuera una proyección de su imaginación, y agobiado por este temor, agarró la muñeca del más próximo. Pudo notar las pulsaciones arteriosas. Hizo lo mismo con todos los demás. Por increíble que fuera, aquellos seis eran personas y no

fantasmas. Tenían un corazón que latía, arterias que pulsaban, músculos que se contraían, cuerdas vocales que vibraban y bocas para hablar. Por lo tanto, eran reales, y constatarlo le dio al menos una certeza: no se había vuelto loco. Dio un paso adelante. Aunque todavía no tenía claro qué esperaban de él. Era demasiado evidente que se habían unido en su contra. Mientras, le había tornado el deseo de memorizar sus voces y la necesidad de reconocer a cada uno de ellos por el propio timbre de voz. Solo después probaría a focalizarse en lo que los afligía, en sus expectativas y en avanzar las explicaciones más plausibles.

—Creo que he querido daros a vosotros lo que hubiera querido para mí. A lo mejor, me hubiera gustado vivir en una ciudad como Riotosolo, pero mi realidad no puede ser modificada con el trazo de un lapicero. En la vida real los cambios necesitan el empeño de generaciones enteras. Es un proceso largo, difícil, que no está en el poder de una sola persona, como sucede en las novelas. De cada uno de estos límites, la imaginación prescinde, por eso es capaz de realizar cualquier cosa en los tiempos y en los modos que más le satisfacen. Tú me preguntarás por qué no me he limitado únicamente a imaginar, en vez de haber puesto sobre el papel mis deseos, involucrándolos a todos y jugando con vuestras vidas. Te respondo que no sé qué decirte. Me he dejado llevar por el placer de fantasear y por la aspiración a que mis deseos, de algún modo, se puedan realizar antes de que el tiempo los fagocite y desaparezcan de mi mente.

—¿Entonces has procedido conscientemente? —le preguntó Lucas.

—Claro que sí, pero nunca he pensado que ocasionaría daño alguno.

—A ver si he entendido —continuó Lucas—. Tú inventas una realidad falsa en la cual nosotros somos tus ramificaciones. Vivimos en una dimensión fantástica por un puro capricho personal y, cuando decides que el juego tiene que terminar, escribes la palabra fin sobre tu bella novela, sin más preocuparte de nada.

—Más o menos.

—Primero creas y después abandonas. Es muy cómodo este proceder. Es muy cómodo e inhumano. Inhumano y cómodo. ¿Sabes lo que pienso? Cuánto desearía no haber nacido de tu bolígrafo.

Sus palabras lo hirieron a fondo. Instintivamente, se plegó en dos sobre la silla, como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el estómago.

—¡No es justo! —exclamó decepcionado—. ¿Qué motivo tienes para decir una cosa tan horrible? Contigo he sido generoso a más no poder. Te he dado todo: dinero, comodidades, la ocasión de reconstruir tu vida; no obstante tus fracasos sentimentales y las dos hijas nacidas de tus dos matrimonios anteriores. Eres un desagradecido. No logro entender de qué cosa, precisamente tú, puedas lamentarte. Es de mi pluma que has salido y ha sido la misma pluma que te ha dado todo lo que posees y que te caracteriza, incluso tu nombre.

Cayó un silencio glacial.